

CAPITULO IV.

Prodigio acaecido en Foggia á San Alfonso, con gran provecho de las almas.

Un horrible terremoto acaecido en el mes de Marzo del año de 1731, habia causado grandes estragos en la Puglia y en los lugares de los alrededores, poniendo á todas aquellas provincias en una gran consternacion y temor. Los obispos, para hacer predicar la penitencia y calmar la ira divina, no dejaron de llamar algunos operarios evangélicos, y entre ellos á los de las misiones de propaganda de Nápoles. Estos llevaron consigo á Alfonso y predicaron en muchos lugares, particularmente en Bari, Lecce y Nardó. Por supuesto que Alfonso fué el que llevó casi todo el peso de la mision, como ordinariamente sucedia; y el Señor bendijo de tal modo sus fatigas y sudores, que sacó un abundante fruto con las conversiones que hizo de toda clase de personas.

Si la ciudad de Foggia, capital de la Puglia, no quedó toda sepultada bajo sus ruinas por el referido terremoto, quedó ciertamente muy maltratada y devastada. En ella se venera en la iglesia colegiata, hoy basílica, una antigua pero prodigiosa tabla en que es-

taba pintada la Santísima Virgen, y no viéndose ya la imágen por las injurias del tiempo, se le puso encima una plancha de plata, y donde correspondia la cabeza se hizo una abertura ovalada con cristal y ademas cubierta por debajo de la plancha con muchos velos, por lo que se le dá el nombre de *Iconis veteris* y de *la Virgen de los siete Velos*.

Habiéndose arruinado la iglesia colegiata, se trasportó esta sagrada tabla de María Santísima á la de los padres capuchinos; y aquí el pueblo, atemorizado con los repetidos sacudimientos de terremoto que todavía se sentian, estaba implorando el poderoso patrocinio de María Santísima por las críticas y lastimosas circunstancias en que se hallaba. Un dia en que se habia reunido un gentío inmenso, se vió repentinamente aparecer en el óvalo de dicha tabla con grande admiracion y sorpresa de todos, el sagrado rostro de la Virgen, como el de una doncella, y esto no una sino muchas veces aun en los dias siguientes, mirando y consolando así á los afligidos foggianos.

Inmediatamente se esparció la noticia de este suceso por todas partes, y llegando á oidos de los misioneros de Propaganda, éstos, y particularmente Alfonso, resolvieron ir á visitar á la Santísima Virgen y admirar el prodigio. Concluida, pues, la última mision de Nardó, fueron todos á Foggia. Alfonso fué

recibido de todos con particulares señales de estimacion, tanto por el concepto que se tenia de él como por la reciente memoria de su tío Monseñor D. Santiago Cavalieri; y como la ciudad se hallaba todavía consternada y llena de temor, fué solicitado por Monseñor el obispo y por otras muchas personas de respeto para que hiciese una novena en honor de María Santísima. Al principio se escusó fuertemente por varias razones; pero por último, tuvo que aceptar el encargo y predicar durante la novena en la iglesia de San Juan Bautista, donde se había trasportado entonces la sagrada tabla, de la iglesia de los Padres capuchinos. La concurrencia del pueblo fué tal, que habiendo mas gente fuera de la iglesia que dentro, fué necesario poner el púlpito en la puerta y colocar enfrente de él la sagrada tabla; pero el fruto que se sacó de esto no fué menor que la concurrencia, porque sin embargo de que eran muchos los confesores, no bastaban para escuchar á los penitentes, y toda la ciudad se vió tan cambiada, que el obispo y todas las personas celosas no se cansaban de dar gracias á Dios porque les había mandado á Alfonso.

Entre tanto, éste se encendió en una devocion tan grande hácia aquella sagrada tabla de María Santísima, que no podia separarse de ella: así es que una tarde al anochecer, despues que salió el pueblo de la

iglesia y vuelta la sagrada tabla al altar, subió á él para contemplarla de cerca. No fué tan pronto en acercarse, como en quedar absorto y fuera de sí, y permaneció en éxtasis casi una hora: entonces la Virgen, para manifestarle cuánto agradecía su devocion, lo llenó de júbilo mostrándole de un modo particular su sacratísimo rostro. Desaparecida la vision, bajó del altar y entonó el *Ave Maris Stella*, con todos los que habían quedado en la iglesia, que eran cerca de treinta, entre sacerdotes y otras personas de rango. A la mañana siguiente hizo llamar un pintor, le indicó muy minuciosamente todas las facciones que había visto y le hizo hacer un retrato, que todavía se conserva en la casa de los Cioranos.

No terminó aquí el prodigio, porque uno de los dias de la citada novena, estando Alfonso predicando sobre el patrocinio de la Virgen, que era su asunto favorito, y animando al pueblo á amar y recurrir con fé á María Santísima, se quedó estático y se vió aparecer en el óvalo de la sagrada tabla el rostro de la Virgen, y que saliendo de él un rayo de luz, semejante á los del sol, terminaba en la cara del venerable misionero. Atónito el pueblo con tan impensado prodigio, comenzó á gritar: *milagro, milagro*, y á encomendarse con gran fervor y lágrimas á la Virgen; mas con tal estremo, que muchas mujeres de mala

vida, en vista de esto, concibieron un dolor de sus pecados tan intenso, que con gran fervor comenzaron á disciplinarse pidiendo á gritos misericordia, y despues se retiraron al conservatorio de las convertidas de dicha ciudad. Por otra parte, en el testimonio jurídico que mandó Alfonso á Roma el año de 1777 para la coronacion de la susodicha imagen, que á solicitud del obispo y de todos los de la ciudad de Foggia, debia hacerse por el respetable cabildo de la Basílica Vaticana, y que se verificó el mes de Octubre de 1788, sin decir nada que pudiese redundar en elogio suyo, testifica, que predicando un dia al pueblo, y aun en otros, vió el rostro de la Virgen, como el de una doncella de trece ó catorce años, que saliendo de la mencionada abertura ovalada y cubierta de un lienzo blanco, se movia á derecha é izquierda, y no como pintada, sino como esculpida y de carne; y que al mismo tiempo fué vista por todo el pueblo que se hallaba presente, encomendándose con el mayor fervor á María Santísima.

CAPITULO V.

Bien espiritual que hizo San Alfonso en los alrededores de Amalfi y de Scala.

Debilitado y poco menos que consumido con tan continuas y graves fatigas, volvió á Nápoles, donde apenas llegó, cuando cayó gravemente enfermo. Pasada la gravedad del mal, pero convaleciente aún, determinó ir, por consejo de algunos de sus amigos, hácia el rumbo de Amalfi, con algunos de sus compañeros de las misiones, pero mas bien para procurar la instruccion y cultivo de las almas de aquellos alrededores, que para respirar un aire mas saludable y recobrar la salud perdida con algun poco de reposo. En efecto, no estuvo ocioso, sino que pasó toda su convalecencia catequizando, predicando, confesando y procurando de todos los medios posibles, el provecho de aquellas almas. Estendida la fama de todo esto, el vicario general de la inmediata diócesis de Scala lo invitó y le suplicó tuviese á bien ir á una ermita situada en un alto monte cerca de la misma ciudad de Scala, por lo que le llamaban Santa María de los Montes, para que restableciese mucho mejor su salud por la salubridad de aquel aire, y santificase

ademas aquellos contornos con su presencia, ejercitando los mismos oficios caritativos.

Alfonso aceptó la invitacion y fué á vivir con sus compañeros á una casucha inmediata á la ermita, bastante incómoda y aun medio arruinada. Aquí, mientras llevaban una vida tan incómoda, penitente y contemplativa, que con mucha razon podian llamarse unos verdaderos ermitaños de los mas austeros, atendian tambien á una vida tan activa y laboriosa para pulir y amaestrar en la fé y en la doctrina cristiana á la pobre gente dispersa por aquellas rocas y precipicios y por las casillas circunvecinas, que muy pronto se vió en aquellas poblaciones un grande aprovechamiento espiritual. Alfonso que los precedia á todos con el ejemplo, y que mas que cualquiera otro pensaba en el modo de poder ser útil á las almas, sintiendo mucho no poder darles tambien fácilmente la sagrada comunión, obtuvo la facultad de conservar el Santísimo Sacramento en aquella iglesita de campo, y como no tenian sagrario con llave, se hallaban obligados á velarlo alternativamente él y todos sus colegas. En esta ocasion fué cuando por disposicion divina acabó de conocer Alfonso la necesidad que tienen los pobres campesinos abandonados y como errantes por los campos cultivando la tierra y guardando los ganados, de ser instruidos en las cosas de

la religion y sustentados con la palabra divina, y todo esto le causó una gran pena.

Estando próxima la festividad *del Corpus*, Monseñor Santoro, obispo de Scala, le suplicó que pronunciase un discurso en su iglesia catedral el Domingo infraoctava de ella, como en efecto lo hizo: con este motivo, las religiosas del Conservatorio llamado del Santísimo Salvador, y despues del Santísimo Redentor, lo invitaron á que les predicase un sermón. Complacidas por Alfonso, quedaron estas religiosas tan conmovidas al oirlo predicar, que rogaron y obtuvieron de su obispo Monseñor Santoro la gracia de que les diese los ejercicios espirituales y las confesase el mismo Alfonso. Pero como necesitaba volverse pronto á Nápoles por algunos negocios relativos á la gloria de Dios, fué indispensable diferirlo para otra vez.

CAPITULO VI.

Diligencias que practicó y obstáculos que superó San Alfonso para fundar la congregacion del Santísimo Redentor.

Habiendo vuelto Alfonso en el inmediato mes de Setiembre á la ciudad de Scala, predicó en la iglesia

catedral en la novena del Santo Cristo, como lo había prometido á Monseñor Santoro. La concurrencia fué grande, y aun mayor la compuncion del pueblo de aquella ciudad y del de los lugares circunvecinos. Al mismo tiempo dió los ejercicios espirituales y confesó á las religiosas del Conservatorio, citado en el capítulo anterior. Entre ellas habia una llamada Sor María Celeste Costarozza, que hacia una vida santa y era favorecida de Dios con muchos dones sobrenaturales, la cual reformó en Nocera un conservatorio de doncellas que se habia relajado un poco, y llamada á la ciudad de Foggia fundó un conservatorio de doncellas nobles, bajo el título del Santísimo Salvador, donde despues murió en olor de santidad. Estando ésta un dia en el confesonario, hablando de cosas espirituales con Alfonso, le dijo terminantemente: *D. Alfonso, el Señor no os quiere en Nápoles, sino que os llama á fundar una nueva congregacion de misioneros dedicados á prestar los auxilios espirituales á las almas mas abandonadas.* A un discurso tan inesperado quedó atónito y confuso, y reprendió á aquella religiosa como á fantástica y visionaria, la que por su parte le sostuvo constantemente que aquella era la voluntad de Dios, de manera que ocasionándose entre los dos una especie de debate espiritual, se percibió algun murmullo por algunas personas que estaban en la iglesia,

entre las que se hallaba el sacerdote D. Juan Mazzini, uno de sus colegas.

Vuelto Alfonso á su hospicio, se fué inmediatamente á su aposento, donde á poco se le oyó deshacerse en lágrimas. Era entonces justamente la hora de ir á la mesa, y no viéndolo llegar se resolvió por fin el citado Mazzini á entrar á verlo, y hallándolo muy afligido, le preguntó el motivo de su cuidado, que si acaso fuese á consecuencia de la discusion que habia tenido con aquella religiosa, si no era asunto de confesion, podia manifestarle todo francamente, para ver si se hallaba algun remedio. Entonces le dijo Alfonso lo que le habia dicho Sor María Celeste, añadiendo: *¿Pero qué hago? Esto no es posible, véase por el lado que se viese. Ya sabeis mis ocupaciones en Nápoles, el encargo de las misiones y demas atenciones por el bien del prójimo.* Otras muchas cosas le dijo aún sobre esto, mostrándole la imposibilidad de la empresa, y manifestándole por otra parte, el temor que tenia de oponerse á la voluntad divina si no ejecutaba la insinuacion de aquella sierva de Dios; y que, en una palabra, entre estas dudas é incertidumbres, sentia que le faltaba el espíritu y desfallecia. Habiendo oido todo esto el padre Mazzini, procuró consolarlo con muchas razones, y entre otras cosas le dijo: *No te desanimes, Alfonso mio: quién sa-*

Se lo que Dios querrá de tí: es necesario pensar en esto.
A lo que Alfonso replicó luego luego: *¿Y los compañeros dónde están?—Aquí estoy yo en su nombre,* le respondió aquel, y después: *pero vamos ahora á tomar algo y dejemos á Dios el cuidado de esto.* Al instante se serenó y fué á tomar algun alimento.

Pero volviendo á pensar Alfonso en lo que le habia dicho la religiosa, le parecia que pudiera ser efecto de una imaginacion exaltada, porque considerando detenidamente la empresa por todas partes, no solo la hallaba bastante difícil, sino casi imposible. Viéndolo todavía agitado el padre Mazzini, que era hombre dotado de consejo y de prudencia, le dijo, que no era de despreciarse lo que habia oído á la religiosa, pues que no se podía saber lo que Dios queria de él, y que él creia que seria bueno comunicarlo todo á Monseñor Falcoia, obispo de *Castello-á-mare* de Stabia, que se hallaba entonces en Scala, así como al obispo de esta misma ciudad, Monseñor Santoro, personas bastante notables, no solo por la bondad de su vida, sino ademas por su doctrina, prudencia y discernimiento de espíritu, y oír su parecer. En efecto, así lo hizo, y estos dos obispos, despues de haber oído y ponderado con madurez el negocio, le respondieron francamente y le aseguraron, que las luces de aquella buena religiosa venian ciertamente de Dios,

y que Dios queria efectivamente que fundase la nueva congregacion indicada; y Monseñor Santoro hasta le ofreció auxiliarlo en cuanto pudiese para la fundacion que debiera hacerse en la misma ciudad de Scala.

Despues de todo esto, se volvió Alfonso á Nápoles, pero todavía vacilante sin saber qué partido tomar. En estas dudas y agitaciones de espíritu, resolvió, como prudente que era, recurrir á todos aquellos medios que son los únicos valederos y seguros para descubrir el divino querer, y no correr ningun peligro de errar. Redobló, pues, las mas fervorosas súplicas, aumentó desmedidamente sus penitencias, pidiendo incesantemente al Padre de las luces y al Dador de todo bien, que se dignase hacerle conocer cuál era ciertamente su divino beneplácito, y qué era lo que queria de él. Se encomendó tambien á muchas almas buenas, pidiéndoles al efecto sus oraciones. Luego, persuadido de que nadie debe apoyarse en su propio dictámen, y de que el prudente obra siempre por consejo ageno, porque el que se quiere conducir por sí mismo quiere ser conducido por un insensato, no contento con la opinion de aquellos con quienes ya se habia aconsejado, quiso oír el parecer de las personas de mas saber y de mas experimentada virtud que hubiese entonces en Nápoles. El primero á quien recurrió fué al padre Pagano su director, y aun que

éste estuvo por la empresa, quiso que hablase tambien de ella con el padre Manulio, de la Compañía de Jesus, y con el Sr. Cutica, superior de los señores de la Mision, personas de gran crédito, que conviniendo en opinion con el padre Pagano, y por consiguiente con la de los dos obispos citados, esto es, Monseñor Falcoia y Monseñor Santoro, concluyeron con que era voluntad de Dios que se ocupase de fundar la nueva congregacion.

Oida la opinion de todas estas personas tan dignas de consideracion, depuso Alfonso toda inquietud y toda agitacion de ánimo, se calmó y se dispuso á poner manos á la obra, no por ningun respeto humano, y mucho menos por la mas leve sombra de vana gloria de adquirir el título de fundador, sino únicamente por hacer lo que Dios pedia tan claramente de él. Entre tanto, divulgada por Nápoles la voz de su determinacion, no faltaron desde luego quienes comenzaran á desaprobala grandemente, unos porque sentian perder un operario evangélico de tanta valía, y otros porque temian que un hombre que ya habia renunciado á todo y vivia tan pobremente, no pudiese llevar á cabo una empresa tan llena de dificultades. Habia otros que no vacilaban en darlo por iluso, vano y fanático, con otros títulos semejantes, á fin de apartarlo de su designio. Entre los opositores y con-

tradictores de Alfonso, además de su padre y otros parientes que se valian de todos los medios y hacian todos los esfuerzos imaginables para embarezarlo, se hallaban el canónigo D. Julio Torni, que habia sido su maestro, y su tío el canónigo D. Pedro Márcos Gizzio, rector entonces del Seminario napolitano, sus colegas de las misiones apostólicas y el mismo arzobispo de Nápoles el cardenal Pignattelli; y tanto mas empeñosos, cuanto que de ninguna manera podian inclinarse á creer que haciendo tanto bien en Nápoles, quisiese Dios otra cosa de él. Pero Alfonso lo soportaba todo con heroica paciencia; y esperando que el Señor calmara al fin tan furiosa tormenta, no cesaba de rogarle, ni de tener siempre fija la mente en la ejecucion de su divina voluntad.

Por último, el mencionado canónigo Gizzio su tío, despues de haber probado todos los caminos para apartar al sobrino de su designio, le dijo un dia, que á lo menos se aconsejase con el padre Ludovico Fiorilli, dominicano, gran siervo de Dios: y habiéndole respondido Alfonso que él no obraba por sí mismo, sino que dependia todo del padre Pagano, no sabiendo aquel qué replicar, calló. Por otra parte, Alfonso refirió esto al padre Pagano, el cual aprobó que fuese á hablar del negocio con el padre Fiorilli, pero antes de que Alfonso fuese á verlo, se encontraron casual-

mente los dos en casa de su mismo tío. El padre Fiorilli que no conocia á Alfonso, luego que lo vió le dijo: *¿Quién sois?* é inmediatamente añadió: *Dios no está satisfecho de vos: otras cosas mayores pretende de vos, y os quiere todo suyo.* Al oír esto Alfonso, le comunicó en particular todo el negocio, y él le respondió: *no es tiempo ahora de hablar: id á verme al convento,* y habiendo ido Alfonso pocos dias despues: *¿Cómo, le dijo, tan presto?* *San Luis Beltran solicitó seis meses de término para responder á Santa Teresa en un caso semejante; con que dadme mas tiempo.* Pasados algunos dias mas, volvió Alfonso y obtuvo esta respuesta: *Andad, que la obra es obra de Dios; pero echaos todo en manos de Dios, como una piedra que cae del monte dentro de un valle. Tendreis persecuciones, pero confiad en Dios, y abandonaos todo en sus manos, que él os ayudará. No me nombreis ni vengais ya á verme.*

Informado el padre Pagano de todo esto por Alfonso, se confirmó mucho mas en su primera opinion y lo animó con mayor ahínco á poner en planta la susodicha fundacion; pero las contradicciones y las inectivas contra Alfonso continuaban, y los que desaprobaban y criticaban su designio, persistian mucho mas en su oposicion, porque creian que el padre Fiorilli no lo aprobaba. Para disipar, pues, esta falsa

idea, pensó Alfonso escribir al citado religioso, rogándole que le contestase por escrito, como en efecto lo hizo, de la manera que sigue. *¿Cree vd. que yo he dejado y olvidado el asunto que es de tanta gloria para el Señor? ahora, mas que nunca, estoy decidido por él. Esté vd. alegre y confie en Dios, porque él le dará toda su asistencia en esta causa que le es tan cara. Yo no tengo individuos; pero si se me proporcionase alguno, lo serviré. Quisiera ser sacerdote nuevamente para tener la fortuna de ir á llevarle los tios. No retroceda vd. por los pocos individuos, porque el Señor se los enviará despues, y los pocos buenos harán por muchos. Lo bendigo en nombre de Jesus y de María, y repitiéndome su humilde servidor, lo abrazo tiernamente en la caridad del Señor.* Este billete del padre Fiorilli, mostrado por Alfonso en otro diálogo que tuvo con los dos canónigos Gizzio y Torní, y cuando éstos menos lo pensaban, los hizo enmudecer y cambiar en breve de lenguaje: tan grande era la estima y veneracion en que todos tenian al citado religioso. Y tanto, que el último de los dos repetidos canónigos quiso guardar el mismo billete original, tanto para su justificacion, como por honor de la congregacion de las misiones apostólicas: de modo, que Alfonso se quedó con la simple copia que habia escrito de su puño, y que hallada entre sus papeles

despues de su muerte, se conserva hasta hoy. No se mostraron tan dóciles los otros compañeros de las citadas misiones, los que creyendo que seria para su vergüenza y vituperio el paso que él queria dar, ya casi estaban en la determinacion de quitarle la capellanía que como á hermano le habian asignado, y de separarlo y borrarlo enteramente de sus registros; pero el arzobispo de Nápoles, informado ya plenamente del parecer de tantas personas respetables, tanto por su doctrina como por su santidad, y en fin, hasta de la opinion del padre Fiorilli, las cuales aprobaban el designio de Alfonso, de contrario que era, se le convirtió en favorable y hasta en protector; y entre otras cosas, previno al canónigo Torni, que sin su conocimiento no se atentase en manera alguna en la congregacion contra la persona de Alfonso.

Con esto cambió de aspecto el negocio, y de la censura y los ultrajes, se pasó á los elogios y á las aprobaciones, no pudiéndose ya negar con tantas señales tan claras, que aquella obra, realmente Dios la queria. Entre tanto, convencido Alfonso cada vez mas de la voluntad divina, aunque por todos lados se reputase inepto para llevar á cabo una obra tan grande, sin embargo, confiado solo en aquel Dios que á menudo elige las cosas mas viles y despreciables para confundir á los poderosos y á los fuertes y hace salir

aun de las piedras los hijos de Abraham, se disponia á partir de Nápoles para ir á poner manos á la obra en otra parte á la proyectada empresa. Pero no sabia que aun le faltaba superar el mayor de los obstáculos y ganar la victoria; pues viendo su padre que habian sido en vano todos los medios que habia empleado hasta entonces para apartar á su hijo del designio en que se hallaba, y que por último el caso era ya desesperado; quiso, sin embargo, hacer el último esfuerzo, sorprendiéndolo un dia en su mismo aposento. Allí, recurriendo á todos los mas tiernos afectos de su paternal corazon, ¿qué de cosas no dijo é hizo para lograr conmovirlo y retenerlo en Nápoles? Lo abrazó de nuevo amorosamente, y teniéndolo por mas de tres horas apretado á su pecho, le repetia con débil voz interrumpida con dolorosos gemidos: *Hija, ¿por qué me quieres dejar? ¿Fonso mio, por qué me dejas?* A tan terrible é impensado asalto, ya puede uno imaginarse qué contraste de pensamientos se agolparia á la mente y qué tumulto de afectos se despertaria en el corazon de Alfonso. Por un lado la naturaleza usando de sus derechos, y haciendo todos sus esfuerzos lo estimulaba á satisfacer los deseos que parecian igualmente justos y racionales de un tan amante padre: por otro la voz de Dios, que ya se le habia manifestado de una manera tan clara, lo llamaba á

otra parte á dar cumplimiento á sus designios. Este conflicto fué tan crudo para Alfonso, que revelada en él la pasión del amor hácia un padre que tanto lo amaba, fué atacado de fuertes convulsiones y de un grandísimo tremor por todo el cuerpo; de manera, que despues confesaba él mismo que esta era la tentacion mas fuerte que habia sufrido en toda su vida, en la que Dios con su divina gracia lo mantuvo constante y firme, porque *solo Dios podia fortalecerlo en aquel duro combate.* Despues de tan señalada victoria, para evitar todo evento contrario, sin despedirse mas que de los amigos favorables al negocio, y particularmente del cardenal arzobispo, cuya pastoral bendicion recibía, habiendo ya renunciado riquezas, comodidades y honores, abandonó patria, amigos, parientes y hasta á su mismo padre, y á principios de Noviembre de 1732, montado en un jumentillo, tomó, con algunos compañeros el camino de Scala.

CAPITULO VII.

Fundacion y propagacion de la Congregacion del Santísimo Redentor, establecida por San Alfonso entre las espinas de las tribulaciones.

Llegado Alfonso á Scala donde ya lo esperaba Monseñor Santoro, fué á la ciudad á habitar con sus compañeros en una pobre casucha que tenia un jardincito y una pequeña gruta. Despues, y con la correspondiente licencia, fué convertida en oratorio una de sus estancias, donde la mañana del 9 de Noviembre del mismo año de 1732, habiendo entrado en su trigésimo sétimo año de edad, y despues de haberse cantado la misa votiva del Espíritu Santo y el himno Ambrosiano en accion de gracias al Señor, por las recibidas en aquel negocio, echó los primeros fundamentos de la nueva congregacion, llamada del Santísimo Salvador, y cuyo objeto debia ser prestar todos los auxilios espirituales, particularmente á las almas dispersas y abandonadas por los campos ó residentes en las aldeas y pequeñas poblaciones. Sus primeros compañeros fueron doce, diez sacerdotes y dos abogados seculares, y ademas un hermano lego sirviente llamado Vito Curzio, rico gentilhombre de Acquaviva de Bari, el que por una vision celestial que tuvo en Nápoles,